

ÍNDICE

Introducción.

Otro mayo, otra vez 5

I. Conflictos, movimientos y gramáticas
de democracia 19

II. Las naturalezas del 15-M 33

III. Los discursos del 15-M: participación,
radicalización de la democracia y sustentabilidad 51

IV. El despegue de *la política del y* 67

V. ¿De la crítica de la democracia a las democracias
reales? 103

VI. La transición inaplazable 143

Conclusiones: ¿es posible salir de esta crisis? 173

Apéndice.

Breve índice analítico para una mirada ecosocial
y crítica de los nuevos sujetos políticos 205

INTRODUCCIÓN

OTRO MAYO, OTRA VEZ

Es difícil sedimentar en estos tiempos tan «líquidos», donde certezas y referencias sociales se revisan con rapidez, se trasnmutan o desaparecen. De ahí un primer mérito y relevancia del 15-M como sujeto político: la interpelación constante de las élites y de la sociedad durante más de un año. Sorprendido, inquieto y también emocionado retomo apuntes, entrevistas y observaciones hechas en plazas, en ágoras virtuales y en iniciativas frente a desahucios o a nuevas medidas de ajuste estructural.

Quisiera devolver, y devolverme a mí mismo, un análisis del fenómeno del 15-M, y de la emergencia de nuevos sujetos políticos frente a esta crisis, que vaya más allá de los guiños mediáticos y los sentires personales. El 15-M pasó otro mayo, un mayo de 2012. Y otra vez un grupo de personas volvieron a juntarse, la mayoría de las cuales no hubiera imaginado en abril de 2011 estar compartiendo estos encuentros y estas movilizaciones. Otra vez una protesta en decenas de ciudades y pueblos, trascendiendo de nuevo las fronteras políticas de este país. Otra vez el impulso de una gente joven que anima a *radicalizar la democracia*, cuestionando lo que «llaman democracia y no lo es». Otra vez una intersección de propuestas, que buscan abrir agendas e impulsar espacios asamblearios o de autogestión social que canalicen el descontento ciudadano. Otra vez ingenio en los carteles, algarabía en las manifestaciones. Otra vez un desafío de prácticas autoritarias (la agenda neoliberal lo es), haciendo uso de críticas y formas pacíficas de desobediencia ciudadana, desde la legitimidad de quien desarrolla su crítica, fundamentalmente,

desde encuentros y deliberaciones en las calles. Otra vez el llamado *15-M*: un descontento popular que construye, ante todo, ilusión y protagonismo social; *un espacio de movilización* con capacidad de crear agenda política, de cortocircuitar la vida cotidiana a través de una desobediencia atrayente; un río de ideas y propuestas que emergen desde un asamblearismo entrelazado, a través de internet, comisiones y de un sentido compartido de justicia social, construyendo así una forma de organización horizontal que denominaré *el gobierno de los muchos*.

Si bien el 15-M es exponente, como veremos, de un recorrido social y movilizador en las últimas décadas, ha sido a su vez aliento de otras protestas y de nuevos sujetos políticos. Las diferentes mareas (verdes, blancas, rojas, negras) han puesto colores a la crítica frente a los ajustes neoliberales. Y también a la creciente desafección democrática. No es, por consiguiente, un mero ciclo de protestas, con raíces y ramificaciones fuera de este país. Es un ciclo más largo, de movilización y de manera de entender y hacer política. El otoño de 2012 arrancarían con un 25-S rodeando el Parlamento. Y arraigarían con un vigor más sostenido y legitimado socialmente desde iniciativas frente a los desahucios, sea la Plataforma de Afectados por la Hipoteca, sean campañas como Stop Desahucios. En el camino, los viejos partidos con aspiraciones socialdemócratas no recogen el descontento, son considerados instrumentos poco fiables para salir de la crisis. En paralelo, el mundo virtual de las nuevas tecnologías permite otros enredos sociales. La política se mueve, no hacia la posdemocracia, sino hacia la demanda y puesta en marcha de «democracias reales».

El 15-M es un protagonismo social que ha permitido aglutinar descontentos (en tiempos de crisis y a la búsqueda de referencias de transformación) porque utiliza códigos menos pesados, se muestra accesible a través de infinidad de ágoras y hace de internet un espacio que retroalimenta las redes sociales (plazas, grupos de trabajo, barrios) y su propia articulación horizontal. Y a la vez, como analizaré al final del libro, esta ligereza y esta apertura, dificulta el salto de un espacio de movilización a una movilización social cohesionada en el sentido clásico. Pero sucede al mismo tiempo que ese sentido clásico, el sentido encorsetado en lo *uno* (una organización a la que siguen masas, un discurso unificado, incluso un líder), es lo que pone en cuestión el 15-M. También para criticar que lo opuesto a

lo uno es los muchos, lo simplemente diverso: los particularismos, la pluralidad de sujetos y luchas sociales que no se buscan entre sí. Desde ambas críticas, implícitas en el 15-M, se están abriendo las puertas a nueva cultura política que arranca de lo político, de lo más sentido y próximo. Me referiré a ella como la *política del y*, más basada en desarrollar tramas y sinergias sociales que en la idea de un proyecto político cerrado. Para ello, y desde dicha política, el 15-M crea herramientas o *bienes políticos* de fácil acceso (como asambleas locales o lemas de gran adhesión), que canalizan y aglutinan sinsabores y faltas de expectativas, sobre todo entre la gente más joven que ha de enfrentarse a un precarizado mercado laboral. Pero no es en sí una cohesionada propuesta, eso es cierto. No es un nuevo sujeto político. Mucho menos en el sentido clásico, con mimbres en los grandes movimientos del siglo XIX y XX, hablando siempre desde el contexto europeo. Pero sí es un proceso abierto, que construye bienes políticos, desde los cuales se pretende explorar formas de democracia «desde abajo», como veremos.

Por eso me ha atraído, y espero que pueda hacerlo contigo, lector, mirar al 15-M desde una perspectiva diferente, que nos permita ver el presente y valorar caminos y escenarios futuros. Indagar sobre las culturas críticas que vienen, las cuales están transformando ya las formas de practicar la movilización social. Por ello, no me resulta razonable, ni interesante, ceñir el análisis del 15-M a su nivel de convocatoria en las manifestaciones, expresión pública y mediaticada de un descontento. Es, como sostendré en este trabajo, más útil y certero indagar acerca del magma subterráneo que provoca y entrelaza estas erupciones. Alguien podría aducir, con argumentos que hay que tener en cuenta, que el 2012 estuvo marcado por una menor afluencia en las calles y un nivel de desobediencia mermado por lo anterior, y por la presencia de un gobierno más represivo en el ejercicio del poder policial. Esto es cierto y explicable por varios factores. El segundo mayo vino precedido de una huelga general, de manifestaciones en salud y educación, de convocatorias frente a desahucios hipotecarios, y otras formas de acción colectiva que, a buen seguro, han restado «excepcionalidad» a la convocatoria del 15-M. Asimismo, no podemos afirmar, tras el análisis de las demandas, que el 15-M intente (mayoritariamente) una transformación global del sistema político y económico; refleja descontentos muy

hondos pero las respuestas se dan en clave de propuestas reformistas, otras se interesan más por procesos de reactivación de democracias «desde abajo», algunas son revolucionarias en sentido social o político clásicos, y otras apuntan a innovaciones socioeconómicas (como el cooperativismo o la autogestión) que se sitúan entre las anteriores pero que enfatizan nuevas formas de entender la política. También asumo que se desmarcarían de acudir quienes abogan por cambios cortoplacistas y valoran en menor medida la sedimentación que viene produciendo el 15-M a través de sus mimbres subterráneas como redes vecinales, grupos de trabajo e iniciativas de denuncia frente a los avances de los ajustes neoliberales, o experiencias de cooperativismo o encuentros para enredar críticamente el mundo rural y urbano. No era tampoco tiempo de elecciones, como en el año anterior, lo que disminuye la capacidad de resonancia en la agenda mediática. A lo que hay que sumar un mayor cierre de oportunidades de movilización por parte del gobierno de turno, el Partido Popular, que ha incrementado la construcción de cercos en lo político, lo judicial y lo represivo. Desencuentro y cerrojo a la discrepancia social que a la vez dan credibilidad al 15-M, forjando adhesiones entre jóvenes acostumbrados a la palabra y vivencia «libertad»; pero que también podrá crear «miedos» o «reticencias» a la hora de actuar con tanto desparpajo como se hizo a lo largo del año 2011.

Tiempos de transiciones

Pero no es este baile de cifras, sean manifestantes o ciudades convocadas en todo el planeta, el objetivo central de mi análisis. Las preguntas que quiero compartir tienen que ver más con indagar sobre las bases culturales y políticas del 15-M, su realidad propositiva y organizativa y, ante todo, cómo está permeando y dinamizando un cambio político de mayor calado, una *transición social* frente a la transición de las élites, frente a las formas de entender la política, frente al agotamiento de unos sistemas (políticos, de manejo de bienes naturales, económicos, educativos, etc.) nacidos y evolucionados con la modernidad en esta parte del mundo, y que hoy parecen exhaustos, incapaces de encontrar la energía (física y mental) para hacer frente al descontento de la población. En última instancia, las élites ofrecen una propuesta de continuidad en términos de democracias autoritarias, de sistemas bipartidistas

y bisindicalistas para gestionar esta crisis financiero-capitalista, no para contradecirla o para realizar propuestas críticas. Una propuesta que ya no satisface ni convence a amplias capas de la población.

Dos activistas, pertenecientes respectivamente a DRY y a las llamadas «redes sociales» de internet, y que habían participado en alguna protesta con anterioridad al 15-M, se refieren a esos tiempos de transición :

El mínimo común denominador de todo esto es el eslogan o el mensaje que se mandó el 15M... «No somos mercancía en manos de políticos y banqueros». Es decir, estamos hartos de que nos manipulen, nos utilicen, a los ciudadanos en beneficio y lucro propio de políticos y poderes financieros. Y yo creo que en eso estamos todos de acuerdo. ¿Eso qué tiene? Varias vertientes, y la vertiente política es poner en tela de juicio el actual sistema democrático.

Nos hemos ido creyendo en mayor o menor medida ¿no? esa Constitución, esa sacrosanta Transición ¿no? los valores democráticos y demás cuestiones. Y ahora, en un momento determinado, hay una parte de la ciudadanía que se los pone de frente y se pregunta: ¿esto es una democracia?

Tras la muerte del dictador Franco se abrieron pactos y puertas de la Moncloa a otras expresiones políticas, donde el PSOE se haría, tras las primeras elecciones generales, con la bandera de la progresía social. La democracia balbuceaba aún sin cerrar heridas y memorias y con la reproducción de las antiguas élites bajo el nuevo paraguas parlamentario. Dicha transición obedecía a unas reclamaciones sociales y políticas, y en cierta medida se hizo cargo de ellas, como la de abrir el juego de la representación política a partidos y sindicatos situados en la llamada «izquierda institucional». La «izquierda social», más proclive a la crítica desde multitud de conflictos y protagonismos sociales, encontraría progresivos obstáculos en reformas políticas, civiles y penales, más destinadas a canalizar y disminuir la protesta que a abrir las agendas y las estructuras del poder público.

Sucedió que, progresivamente, la política (estructuras de poder) se desvinculó de lo político (lo próximo y sentido), se transformó más

en un ejercicio equilibrado de maquinarias (bi)partidistas, antes que en la canalización de expresiones ciudadanas, de multiplicación de la capacidad de gobierno por parte de la ciudadanía. Especialmente afectaría a los sectores de la izquierda: descabezamiento a finales de los setenta de las asociaciones vecinales que representaban la cuestión social vista «desde abajo», al volcarse en la actividad partidista e institucional; entrada en vigor de los pactos de la Moncloa (1977) que se ajustaron más a las necesidades empresariales de la crisis que a las posturas sindicales de UGT, CNT y algunas corrientes críticas de Comisiones Obreras, limitando el posible escenario de crítica laboral frente a despidos; y la inmersión en 1986 en un espacio con sus propias agendas políticas y financieras, la OTAN y la Unión Europea, ajenas, como vemos en la actualidad, a reclamaciones de bienestar social y decisión ciudadana.

La democracia entró, habitó como discurso y proclama el país, pero viró rápidamente hacia agendas neoliberales, con especial énfasis a mediados de los noventa. Es en esta época cuando las directrices económicas del ministro Solbes (PSOE) ceden el testigo neoliberal al Partido Popular. Lo que comenzó a fraguarse, de hecho, fue una democracia crecientemente autoritaria, donde el ejercicio de la política elude vocaciones de escucha, no ya de participación, y se adentra en el acatamiento riguroso de restricciones sociales, laborales, presupuestarias y constitucionales de la mano de una internacionalización de los mercados financieros.

Para legitimarse, dicha mundialización se reviste de mito y hecho inexorable: aparece el atractor simbólico y político de la llamada *globalización*. Presentada como fuerza gravitatoria de la economía transnacionalizada, nadie (según el «sano juicio» acuñado por las élites) podía quedarse fuera. Una mundialización de economías de la mano de empresas multinacionales, que se apoya en la emergencia de nuevas tecnologías y núcleos internacionales de poder (mesas de transnacionales, FMI, OMC, UE, tratados de libre comercio, etc.). Esta «globalización» serviría de justificación para adentrarnos en *deudocracia*, el gobierno de los grandes mercados, acreedores de deuda y de dictados que faciliten la especulación monetaria.

Pero las bases de una democracia autoritaria ya venían asentándose en el Estado español. A diferencia de países como Francia, aquí no hubo 30 años gloriosos de pactos entre capital y trabajo. Hubo

un tímido acercamiento a lo que la mayor parte de los socios de la Unión Europea habían consolidado. Sin embargo, a partir de los noventa, la inversión social en bienestar y derechos se distanciaría progresivamente de la de nuestros vecinos. Prevalció así el endémico *subdesarrollo social de España*, como apunta Vicenç Navarro. Los (neo)conservadores ganaron la partida en los dos grandes partidos. La transición de las élites terminó por apuntalar a las propias élites.

Frente a este cúmulo de situaciones, *el 15-M representa una transición social en muchos frentes*. Es una transición frente a la transición de las élites de este país, como acabamos de señalar. Es también una transición de formas de entender la movilización, la crítica ciudadana, el tránsito de lo político a la política. A este análisis dedicaré el grueso de este libro. Pero es, por último, una transición dentro de una *transición inaplazable*, la transición socioambiental: un planeta que nos muestra nuestra fragilidad como especie; y que no está por continuar facilitando las ingentes demandas de energía fósil de la civilización petrolera. La transición inaplazable es también consecuencia de la extensión de riesgos, mundialmente. Y con ello también de acentuar la precarización y las dualidades sociales, mediante el trazado de fronteras (variables, difusas o difíciles de reconocer en algunos casos) que separan el dentro y el afuera, a través de «marcas» socioeconómicas, de clases sociales, de género, entre juventud y el resto, entre personas venidas de fuera y los que seríamos, antes que ciudadanía, personas «con papeles» y con «capacidad de consumo». Luces y sombras extendiéndose bajo el abrazo del oso que ejecuta la «globalización», construyendo un paradigma de barbarie y de insustentabilidad social y ambiental. Esta transición socioambiental es realmente inaplazable.

De las protestas a los ciclos de movilización

Desde mi perspectiva de análisis, es interesante distinguir entre ciclos de protesta, ciclos (más largos) de movilización y ciclos que apuntan a transiciones sociales, a cambios radicales en la cultura política y en la forma de satisfacer nuestras necesidades básicas. Así, los ciclos de protestas son irrupciones volcánicas del descontento: se ven, confluyen en un momento que se vuelve catártico, extienden su aroma por el aire, modifican la vida a su alrededor sobre la base de demandas e hitos puntuales. Pero hablar del 15-M es, a mi entender,

referirse al magma subterráneo que hace posible el «otra vez». Un «otra vez» que insiste en mantener unas formas de *entender la política* (el gobierno, los derechos y los comunes, el poder estructurado y la participación en lo público) *desde lo político* (entendido como lo próximo, ejercido en los canales de expresión más cotidianos). Sostengo que el 15-M será percibido en el futuro por sus aportes fundamentales en la construcción de los pilares del presente (y ya futuro) ciclo de movilización, donde códigos y descontentos sociales se repolitizan a la vez, sobre dos claves que llaman poderosamente la atención a buena parte de la sociedad:

- la instauración del protagonismo social y la radicalización de la democracia como base de cambios que vendrán y de sujetos plurales que la realizarán;
- y la proposición de medidas concretas y horizontes de justicia social (sostenidos y sosteniendo la participación) que apelan al sentido común (experienciable, códigos políticos y lingüísticos accesibles) y a la idea de cooperación frente a la de depredación.

Estas expresiones de radicalización de la democracia, si bien han tenido resonancias globales («somos el 99%» sostienen desde el movimiento Occupy; «democracia radical» de perfil comunitario en la India; «Ya basta» en México o Senegal), presenta a mi entender un contexto muy específico que sirve de base al 15-M. Por ejemplo, aún compartiendo la desafección política juvenil con otros países europeos y mediterráneos, este país está particularmente preñado de corrientes localistas en su forma de hacer y protestar: tradiciones libertarias y anarquistas, nacionalismos periféricos o un acentuado localismo cultural. Difícil construir un 15-M en países como Alemania o Portugal o Túnez. El «gobierno de los muchos» no tiende a centralizar sino a dispersar el poder. Tiende a emerger y replegarse, a localizarse y buscarse en todo el mapa ibérico, a ser de «mi plaza y de mi pueblo» y buscar la construcción de grandes horizontes, como el de una democracia «real». Cabe recordar que en estos lares no se dio a principios de siglo la emergencia de un foro social estatal, al hilo del impulso de Porto Alegre, sino foros locales o regionales por contraposición a nuestros vecinos europeos.

Se fragua así un descontento que desconfiaba de plataformas alejadas de lo local y estructuras verticales. A la vez que se insiste en tejer desde una singularidad que ansía enredar este magma colectivo, pero «desde abajo». Global y local (y no lo *glocal*, lo global que se contextualiza; o un nuevo internacionalismo desde matrices localizadas), lo estructurante y lo sentido, son dos elementos fundantes y paradójicos que están detrás de la cultura del 15-M.

Pero no quiero decir que el 15-M sea un sujeto «aislado» de otras dinámicas de funcionamiento a escala global, antes al contrario. A mi entender, y como he venido desarrollando en otros textos (*Nuevos Movimientos Globales, Aproximaciones a la Democracia Radical, Democracia en movimiento*)¹ venimos arrastrando dos décadas de cambio planetario en las formas de movilización. Son reacciones colectivas frente a la agenda neoliberal como las «revueltas del pan» (protestas por subidas en alimentos básicos tras determinados «ajustes»), la llamada «primavera árabe-africana» o la emergencia de foros sociales o protestas «antiglobalización». Más allá de una presión sobre las élites, o en paralelo a esta dinámica, estamos asistiendo a todo un cambio radical de formas de entender la política (poder estructurado) y lo político (poder próximo). Un cambio que se desarrolla desde una *hipersensibilidad frente al poder*, y que se opone tanto a la globalización capitalista como a las formas jerarquizantes que le son funcionales (en muchos casos), entre ellas, los grandes partidos y sindicatos. Descontento que no encuentra, pues, referencias para canalizarse desde «las viejas» herramientas y promueve movilización social desde otros cánones organizativos y con otras miras políticas. El resultado es un vaivén planetario que nutre de expresiones y proclamaciones de autonomía social todo el mundo. Cambios entrelazados merced a internet, a los problemas que se comparten y a las dinámicas de protesta en las que se converge. Cambios internacionales que, a su vez, son entendidos localmente. Así, estos *nuevos movimientos globales* atienden al llamamiento de «radicalizar la democracia» en el llamado Norte; mientras que en

1. *Nuevos Movimientos Globales*, Ed. Popular, 2005; «Aproximaciones a la Democracia Radical» forma parte del libro colectivo *Democracia Radical*, Icaria 2011; «Democracia en Movimiento» fue publicado en el 2009 en la revista *RARI*, n.12, disponible en internet.

otros contextos las proclamas de «autonomía social» ven (re)surgir propuestas de naturaleza rural, indígena, campesina, etc. que constituyen (retomadas) prácticas comunitarias. Surgen también hibridaciones, nuevas construcciones como La Vía Campesina la cual, amparándose en el horizonte de la soberanía alimentaria, es a la vez apuesta por la democratización del sistema agroalimentario y desarrollo organizativo de formas horizontales o comunitarias como base de la acción. Hibridaciones que, al calor de fenómenos como el 15-M o similares, son también percibibles en el llamado Norte y que serán objeto de análisis al final del libro: los llamamientos a un sindicalismo social (y no solo laboral); los partidos-ciudadanía más abiertos a un carácter asambleario y de conexión con luchas sociales, en la línea de los partidos Pirata más asentados en Europa, o la entrada en las elecciones de Cataluña de noviembre de 2012 de las CUP-AE; los espacios plurales para una radicalización de la democracia, sean iniciativas de protesta como el 25-S o propuestas en clave de «procesos constituyentes»; o las mesas de convergencia, de enraizamiento en una izquierda más clásica, y el frente cívico «Somos mayoría», frente a las consecuencias de los ajustes estructurales.

En gran parte, nada nuevo bajo este Sol del que arranca el 15-M. Desde hace un par de siglos, las movilizaciones y las expresiones de protesta como el 15-M o los nuevos movimientos globales son motores en las sociedades modernas de cómo entendemos la gramática de la democracia, que es a la vez participación y agenda de justicia social. De esta manera, el rastro del movimiento obrero hay que leerlo hoy en la problematización de las clases económicas (hoy más difusas), de las economías que no atienden a necesidades humanas; y en la crítica de los aparatos culturales y políticos que dan cobertura a un capitalismo de orientación esencialmente financiero en la actualidad. La presencia de los llamados nuevos movimientos sociales, surgidos en los sesenta y setenta (feminismo, ecologismo, pacifismo, minorías, etc.), se visibiliza en la denuncia que planteamos a determinadas situaciones de violencia (patriarcado, insustentabilidad, oposición a la guerra, énfasis en la diversidad, etc.). No es que no existiera conciencia previa de estos conflictos. Pero sí que las huellas de estos movimientos sociales han acentuado su presencia en las agendas y en la cultura política contemporánea, en particular la de protesta.

Movimientos que crean democracia, a la par que las élites mueven fichas y crean también sus rastros sociales con objeto de deslegitimarlos y apuntalar el actual orden de las cosas. El poder de los círculos neoliberales (financieros, neocons²) tiene su presencia social en debates y actitudes que escuchamos en la calle: los bancos convertidos en «vacas sagradas»; la austeridad, la privatización y el «sálvese quien pueda» como nueva religión social. Todo ello salpimentado con toques conservadores y de vuelta a la rancia tradición y a los rancios dominios de los de arriba por parte de la (extrema) derecha española y europea.

En última instancia, pues, el 15-M tiene que ver con la producción de *bienes políticos* (discursos, ágoras, motivaciones, redes, etc.) para construir una democracia desde abajo. Esta democracia emergente se mueve con soltura (de ahí una de las claves de su éxito) entre abrir la agenda y las instituciones liberales (democracia participativa) y trabajar e incluso proponer desde una autogestión social (democracia radical). Y es emergente no porque esté en una fase inicial, que también, aunque recoja la experiencia de los nuevos movimientos globales. Es emergente porque apuesta por modificar el todo modificando las partes y sus relaciones más íntimas, los átomos de la política, los códigos desde los que entender el protagonismo social. Es por ello por lo que el 15-M creo que debe leerse, entre otras aproximaciones, desde su capacidad de generar futuro: nuevas mareas de descontento, nuevos sujetos que permitan pasar de lo político a la política, reiteradas formas de organización desde abajo como representa hoy el 15-M. Futuro que sería más inmediato de lo que ahora nos parece si persisten y se ahondan las desigualdades y la falta de expectativas a las que conducen los ajustes neoliberales y el desmantelamiento del (precario) bienestar en este país.

Desde aquí me surgen una serie de preguntas clave, tres hilos que irá desenvolviendo y entrecruzando a lo largo de este libro: *¿qué nuevos sujetos y culturas políticas está dibujando el 15-M?, ¿es posible salir de la crisis desde sus propuestas? ¿nos enfrentamos a una crisis ocasionada por el neoliberalismo, por las democracias crecientemente autoritarias, o son las puertas realmente de una transición inaplazable?*

2. Ver el trabajo Spanish Neocon. *La revuelta neoconservadora en la derecha española*, por Pablo Carmona Pascual, Beatriz García Dorado y Almudena Sánchez Moya; editado en 2012 por Traficantes de Sueños (Madrid).

Previamente, habré de abordar una serie de cuestiones sobre movilización social y el fenómeno del 15-M. Así, en el siguiente apartado, analizaré más detalladamente qué son y cómo operan los movimientos y las protestas sociales. Me preguntaré después qué factores han posibilitado la emergencia del 15-M dentro del ciclo largo que protagonizan los nuevos movimientos globales. Daré paso posteriormente a una serie de apartados que persiguen radiografiar el 15-M: sus perfiles, prácticas y discursos en torno a la democracia «desde abajo». Me detendré especialmente en profundizar en la *política del y*, las bases culturales que nos explican la capacidad de movilizar y crear sinergias por parte del 15-M. Continuaré abordando qué futuros parece estar abriendo el 15-M en el terreno de lo político y de la política: cuál es su huella y cuál es su contribución a una transición social en marcha. Y, finalmente, expondré mis ideas y propuestas para construir una salida escalonada de la crisis a través de fases que se retroalimentan y no se contradicen en su hacer: deteniendo la agenda neoliberal en una primera fase; democratizando en paralelo muchos lugares donde acontece la política hoy en día; y por último, cimentando salidas a la crisis en clave de sustentabilidad ambiental y social, con equidad y atendiendo nuestras necesidades básicas.

Las redes críticas prestan y presentan sus prácticas. El texto que aquí elaboro tiene mucho que agradecer a las miles de horas viviendo, enredándose y reflexionando sobre este 15-M. Son los habitantes de este espacio quienes merecen mi gratitud, aunque lo aquí expuesto sea una visión parcial, una foto fijada también a una experiencia propia. Intentando salir de mi propia percepción, y sin ocultar mis deseos, emprendí en los meses siguientes al 15 de mayo de 2011 la búsqueda de referencias en asambleas y acciones en muchos lugares de este país. Aparte de Córdoba, ciudad y pueblos, mi grabadora y mis anotaciones me llevaron a Sevilla, Málaga, Madrid, Bilbao, Zaragoza, Madrid y sus barrios, Mérida, Mallorca, Barcelona, Granada y otros territorios merced a la entusiasmada difusión de quienes protagonizan y protagonizaron esta iniciativa, a través de marchas, jornadas, grupos de trabajo en internet, listas y convocatorias diversas.

Sin que deje yo de ser responsable de lo aquí escrito, agradezco la paciencia lectora y matizadora de mucha gente. En especial de Luis

González, compañero de muchos vínculos, y que viene atendiendo e insufflando miradas más globales a mis textos en los últimos tiempos. También a las conversaciones formales e informales de un grupo que nos animamos a dar un seguimiento al 15-M, en particular a Ozecai, Marta Cruells, Julia Cañero, Diana Redondo y en concreto a Pedro Ibarra, quien me aporta anotaciones significativas a este texto como lo hizo a *Nuevos movimientos globales* sobre democracia y movimientos sociales. De Jaime Pastor recojo comentarios repartidos por varias conversaciones y agradezco su amplitud de miras para percibir estos fenómenos. Para Carlos Taibo voyan agradecimientos por sus matizaciones políticas a mis textos, que me animan a focalizarme y concretizar las propuestas que emergen desde la calle. Desde mis lazos vitales este trabajo recibe aportaciones muy sentidas de Javier Fernández Cuba y Rodrigo Quesada, que entre risas y vivencias me incitan a desmelenar mis deseos y mis adentros para navegar por este viaje personal y político. Desde el cotidiano y desde la mirada y las prácticas agroecológicas, compañeras y compañeros del ISEC, gentes de esta parte (Universidad de Córdoba) y del otro lado del charco latinoamericano, me invitan y aportan a pensar en términos de participación social, crítica y que inspiren transiciones humanas y sustentables. No me faltan las hebras más próximas, las asambleas y reuniones que me arrojan luz práctica en las asambleas del 15-M en Córdoba, en la campaña por la auditoría de la deuda o en la Casa de los aprendizajes. Por supuesto también a personas entrevistadas y colectivos que con cariño me han abierto sus puertas y también mis ojos.

Y termina este recordar y este libro con una presencia muy fuerte, de un maestro y amigo de muchas gentes, y de lo común, a quien especialmente debo demasiado en el capítulo final sobre la transición inaplazable, me refiero a Ramón Fernández Durán, que nos dejó en mayo de 2011 para que días después se precipitaran muchas de sus reflexiones en la calle.